

precipitarse á la ventana, hay novedad : el señor Rouget y don Felipe Bridau vuelven juntos en la calesa, Benjamín y el señor Carpentier les siguen á caballo...

— Voy allá, exclamó Hochón, cuya curiosidad pudo más que cualquier otro sentimiento.

Hochón encontró al viejo Rouget escribiendo en su cuarto lo que su sobrino le dictaba :

« Señorita : Si tan pronto como reciba esta no se pone usted en camino para volver á mi casa, su conducta demostrará tal ingratitud por mis bondades, que revocaré el testamento hecho en favor de usted, dejando mi fortuna á mi sobrino Felipe. También comprenderá usted que el señor Gilet no debe seguir siendo mi comensal, desde el momento en que se encuentra con usted en Vatán. El capitán Carpentier entregará á usted la presente, y espero que escuchará usted sus consejos, porque le hablará como lo haría

Su afectísimo,

J.J. ROUGET. »

— El capitán Carpentier y yo hemos encontrado á mi tío, que cometía la tontería de ir á Vatán en busca de la señorita Brazier y del comandante Gilet, dijo con profunda ironía Felipe al señor Hochón. He hecho comprender á mi tío que iba á caer en la trampa que le han preparado, pues ¿ no hubiera quedado abandonado por esa joven, en cuanto le hubiese él firmado la procuración que ella le pide para venderse á sí misma una inscripción de cincuenta mil francos de renta? Al escribir esta carta, ¿ no verá venir esta misma noche bajo su techo á la bella fugitiva?... Prometo volver á la señorita Brazier suave como un guante para lo que le quede de vida, si mi tío consiente en dejarme ocupar el puesto del señor Gilet, que me parece

estar aquí muy demás, ¿ Digo bien? ¡ Y todavía se queja mi tío!

— Vecino, dijo el señor Hochón, ha tomado usted la mejor determinación para tener paz en su casa. Créame, si suprimiera su testamento, vería usted á Flora volverse para usted lo que era en un principio.

— No, porque no me perdonaría el disgusto que voy á ocasionarle, dijo el viejo llorando, ya no me querría.

— Si le querrá, y de veras; de eso me encargo yo, dijo Felipe.

— Pero abra usted los ojos, dijo Hochón á Rouget. Quieren despojarle y abandonarle...

— ¡ Ah, si estuviera seguro de ello!... exclamó el imbécil.

— Mire usted una carta que Max ha escrito á mi nieto Borniche, dijo el viejo Hochón. Lea usted.

— ¡ Qué horror! exclamó Carpentier al escuchar la lectura que de la carta hizo Rouget llorando.

— ¿ Quiere usted más pruebas, tío? preguntó Felipe. Ande usted, tenga sujeta á esa joven por el interés, y será usted adorado... tanto como puede usted serlo; es decir moderadamente.

— Ella quiere demasiado á Max, me dejará, dijo el viejo desconcertado.

— Pero, tío, Max ó yo saldremos de Issoudun pasado mañana.

— Bueno, pues vaya usted, señor Carpentier, repuso el desdichado; si me promete usted que ella volverá, vaya usted. Es usted un hombre honrado, dígame todo lo que usted crea deber decirle en mi nombre.

— El capitán Carpentier le dirá al oído que yo he hecho venir de París una mujer más joven y más bonita que ella, dijo Felipe Bridau, y la lagarta volverá á escape. »

El capitán salió, guiando él mismo el vetusto coche, acompañado de Benjamin á caballo, porque no se volvió á ver más á Kuski. Aunque amenazado por los dos oficiales de un proceso y de la pérdida de su empleo, el polaco huyó á Vatán en un caballo de alquiler, para anunciar á Max y á Flora el golpe de su adversario. Después de haber cumplido su misión, Carpentier, que no quería volver con la Enturbiadora, había de tomar el caballo de Benjamin. Al enterarse de la huida de Kuski, Felipe dijo á Benjamin :

« Desde esta misma noche sustituirás aquí al polaco. Así es que trata de montarte detrás de la calesa, sin que lo advierta Flora, para encontrarte aquí al mismo tiempo que ella.

— Esto se va arreglando bien, papá Hochón, dijo el teniente coronel. Pasado mañana el banquete será jovial.

— ¿Va usted á venirse á vivir aquí? dijo el viejo avaro.

— Acabo de decir á Fario que me envíe aquí todas mis cosas. Dormiré en el cuarto cuya puerta da en el descansillo de la escalera de la habitación de Gilet, mi tío consiente en ello.

— ¿Qué resultará de todo esto? dijo el buen hombre espantado.

— Resultará que la señorita Flora Brazier, de aquí á cuatro horas, volverá mansa como el cordero pascual, contestó Hochón.

— ¡Dios lo quiera! dijo el viejo enjugándose las lágrimas.

— Son las siete, dijo Felipe, la reina de su corazón estará aquí á eso de las once y media. Usted no verá más á Gilet aquí; ¿no será usted feliz como un papa?... Si quiere usted que yo triunfe, añadió Felipe al oído de Hochón, quédese con nosotros hasta la llegada de esa mona; me ayudará usted á sostener al buen hombre en su resolución,

y después, entre los dos, haremos comprender á la señorita Enturbiadora sus verdaderos intereses. »

El señor Hochón hizo compañía á Felipe reconociendo lo justo de su petición; pero los dos tuvieron no poco que hacer, porque el señor Rouget se entregaba á lamentaciones de niño que no cesaban sino ante este razonamiento repetido diez veces por Felipe :

— Tío, si Flora vuelve, y si es cariñosa con usted, reconocerá usted que he tenido razón. Será usted mimado, guardará usted sus rentas, se guiará en adelante por mis consejos y todo irá á pedir de boca. Cuando, á las once y media, se oyó el ruido del coche por la Narette Mayor, la cuestión fué saber si el coche venía lleno ó vacío. La cara de Rouget ofreció entonces la expresión de una horrible angustia, que fué reemplazada por el abatimiento de una excesiva alegría, cuando apercibió las dos mujeres en el momento en que el coche giraba para entrar.

— Kuski, dijo Felipe dando la mano á Flora para bajar, usted no está ya al servicio del señor Rouget; no dormirá usted aquí esta noche, así es que haga sus lios; Benjamin, á quien usted ve, le reemplaza.

— ¿Es usted acaso dueño? dijo Flora con ironía.

— Con su permiso, contestó Felipe estrechando la mano de Flora entre la suya como en un torno. Venga usted, tenemos que *enturbiarnos* el corazón entre los dos.

Se llevó Felipe á la estupefacta mujer á algunos pasos de allí, en la misma plaza San Juan.

— Hermosa, pasado mañana, Gilet será despachado por este brazo, dijo este soldadote tendiendo la mano derecha, ó el suyo me habrá despachado á mí. Si muero, usted será el ama en casa de mi pobre imbecil tío : si me toca á mí matar al otro,

camine usted derecha, y haga usted por que sea dichoso. De otra manera, yo conozco en París Enturbiadoras más bonitas que usted, pues sólo tienen diez y siete años; ellas harían felicísimo á mi tío y estarían bajo mis órdenes. Empiece usted su servicio desde esta noche, porque si mañana el pobre hombre no está alegre como unas pascuas, yo no le digo más que una cosa, escúchela bien : No háy más que una sola manera de matar un hombre sin que la justicia tenga que intervenir : es batiéndose en duelo con él; pero yo conozco tres maneras de hacer desaparecer una mujer. No lo olvide, hermosa. Durante esta alocución, Flora temblaba como un azogado.

— ¿Matar á Max?... dijo mirando á Felipe á la luz de la luna.

— Ande usted, ahí tiene á mi tío... En efecto, el señor Rouget, por más que le dijo el señor Hochón, vino á la calle á tomar á Flora por la mano como un avaro coje su tesoro; entró en su casa, la llevó á su cuarto y se encerró con ella.

— Quien va á la caza pierde su plaza, dijo Benjamín al polaco.

— Mi amo os hará callar á todos, contestó Kuski yendo á reunirse con Max, que se había hospedado en el Hotel de la Posta. »

Al otro día, de nueve á once, las mujeres hablaban entre ellas á la puerta de las casas. En toda la población no había más rumor que el de la extraña revolución efectuada en casa del señor Rouget.

« Qué ocurrirá mañana, en el banquete de la coronación, entre Max y el coronel Bridau? decían todas.

— Felipe dijo dos palabras á la Védie : « Seiscientos francos de renta vitalicia, ó despedida », que la volvieron neutral, por el momento, entre dos potencias tan formidables como eran Felipe y Flora. Al saber que la vida de Max estaba en peli-

gro, Flora se volvió más amable con el viejo Rouget que en los primeros días de su intimidad con él. ¡Ay! en amor un engaño interesado puede más que la verdad; he aquí por qué tantos hombres pagan tan caro á las que saben engañarlos. La Enturbiadora no se dejó ver sino para almorzar, bajando con Rouget, á quien daba el brazo. Le asomaron las lágrimas al ver en el sitio de Max al terrible soldado de ojos azules sombríos y de cara siniestra.

— ¿Qué tiene usted, señorita? dijo después de haber dado los buenos días á su tío.

— Tiene, sobrino, que no puede hacerse á la idea de que puedas batirte con Gilet...

— Yo no tengo ganas de matarlo, á ese Gilet, dijo Felipe; no tiene más que irse de Issoudun, embarcarse para América con el bolsillo bien repleto, y seré el primero en aconsejarle á usted que le dé con qué procurarse lo necesario y desearle un buen viaje. Hará fortuna, y será mucho más honroso que no divertirse por la noche en Issoudun y meter la guerra en su casa de usted.

— ¿Y qué, no está eso bien pensado? dijo Rouget mirando á Flora.

— ¡Á Á... mé... ri... ca!... contestó ella sollozando.

— Vale más estar vivo en Nueva-York, que morir en un ataúd en Francia... Verdad es que me objetarán ustedes que maneja bien las armas y que puede matarme, hizo observar el coronel.

— ¿Quiere usted permitirme que le hable? dijo Flora á Felipe con voz humilde y sumisa.

— Desde luego, él puede venir á buscar sus cosas. Sin embargo yo quedaré con mi tío durante ese tiempo, porque ya no me separaré más de él.

— Védie, exclamó Flora, ve á la Posta, hija mía, y di al comandante que le ruego que..

— Que venga á buscar sus cosas, dijo Felipe cortándole la palabra á Flora.

— Sí, si, Vedie. Ese será el mejor pretexto para verme, quiero hablarle... El terror comprimía de tal manera el odio en aquella joven, el estupor que sentía al encontrar una naturaleza fuerte é implacable, ella que hasta entonces se vió adulada, fué tan grande, que se iba doblegando á Felipe como el pobre Rouget se había doblegado ante ella. Esperaba con ansiedad el regreso de Vedie; pero ésta volvió con una negativa formal de Max, que suplicaba á la señora Brazier que le enviara sus cosas al Hotel de la Posta.

— ¿Me permite usted que vaya á llevarseles? le dijo á Juan Jacobo.

— Sí, ¿pero volverás? dijo el viejo.

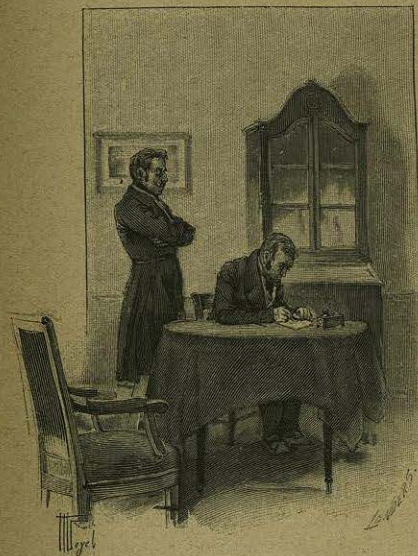
— Si la señorita no ha vuelto á las doce, á la una me dará usted la procuración para vender sus rentas, dijo Felipe mirando á Flora. Vaya usted con la Vedie para salvar las apariencias, señorita. En adelante es preciso cuidar del honor de mi tío. »

Flora no pudo obtener nada de Max. El comandante, desesperado por haberse dejado arrebatar una situación innoble, á los ojos de toda la población, tenía demasiado orgullo para huir ante Felipe. La Enturbiadora combatió esta razón proponiendo á su amigo huir juntos á América; pero Gilet, que no quería á Flora sin la fortuna de Rouget y que no quería demostrárselo á la joven, persistió en su intención de matar á Felipe.

« Hemos cometido una gran torpeza, dijo. Debimos habernos ido los tres á París y pasar allí el invierno; pero ¿quién podía imaginarse, cuando vimos á ese cadáver, que las cosas tomarían este giro? Hay en el curso de los acontecimientos una rapidez que emborracha. He tomado al coronel por uno de esos espadachines que no tienen nada

en la cabeza : esa es mi falta. Puesto que no he sabido zafarme á tiempo, ahora sería un cobarde si huyera del coronel. Me ha desprestigiado en la opinión pública, y no puedo rehabilitarme sino matándole.

— Vete á América con cuarenta mil francos;



yo sabré deshacerme de ese salvaje é iré á reunirme contigo, eso será más prudente...

— ¿Qué se diría de mí? exclamó impulsado por el prejuicio de las charlatanías. No. Además ya he despachado á nueve, y ese hombre no me parece muy temible; ha salido de la Escuela para ir al ejército, se ha batido siempre hasta en 1815, ha viajado después en América : así es que no ha puesto jamás los pies en una sala de armas, mientras que yo no tengo rival en el ejercicio del sable.

El sable es su arma, pareceré generoso al ofrecérsela, porque trataré de ser insultado por él y lo hundiré. Decididamente, esto es preferible. Tranquillízate : seremos los dueños pasado mañana. »

Así la estúpida negra honrilla pudo más en Max que la sana política. Á la una estuvo Flora de vuelta y se encerró en su cuarto para llorar á sus anchas. Durante todo aquel día, las charlas menu-dearon en Issoudun, en donde ya se veía como inevitable un duelo entre Felipe y Max.

« ¡Ah, señor Hochón! dijo Mignonnet, que encontró al viejo paseándose acompañado de Carpentier por el bulevar Barón, estamos muy perplejos, porque Gilet está fuerte en el manejo de toda arma.

— No importa, contestó el viejo diplomático de provincia, Felipe ha encaminado bien este asunto..

Y no hubiera yo creído que ese desahogado arreglara tan pronto los asuntos. Esos dos valentones han corrido uno hacia otro como dos tormentas.

— Es que Felipe es un hombre profundo, dijo Carpentier; su actitud en la cámara de los pares es una obra maestra de diplomacia.

— Capitán Renard, hacía observar un burgués, dicen que los lobos no se comen unos á otros, pero parece ser que Max va á habérselas con el coronel Bridau. El encuentro será serio entre gente de la famosa guardia.

— Sí, ustedes se rien... Porque ese pobre muchacho se divertía de noche, le tienen ustedes tirria, dijo el comandante Potel. Pero Gilet es un hombre que no podía estarse en un rincón como Issoudun sin ocuparse en algo.

— En fin, señores, decía otro, Max y el coronel han hecho lo que debían. ¿No tenía el coronel que vengar á su hermano José? Acuérdense ustedes de la mala conducta de Max respecto de aquel pobre muchacho,

— ¡Bah, un artista! dijo Renard.

— Pero se trata de la herencia del Sr. Rougét.

— Dicen que Gilet iba á apoderarse de cincuenta mil francos de renta, en el momento en que el coronel se instaló en casa de su tío.

— ¿Gilet robar rentas á alguien? No diga usted eso, fuera de aquí, señor Ganivet, exclamó Potel, ó le haríamos á usted tragarse lo dicho. »

En todas las casas burguesas, se hicieron votos por el digno coronel Bridau.

Al otro día, hacía las cuatro, los oficiales del antiguo ejército que se encontraban en Issoudun ó en las cercanías se paseaban, por la plaza del Mercado, delante de la puerta de un fondista llamado Lacroix, esperando á Felipe Bridau.

El banquete que debía tener lugar para festejar la coronación estaba fijado para las cinco en punto. Se hablaba, en todos los grupos, del asunto de Max y de su despedida de casa del señor Rougét, pues los simples soldados habían imaginado reunirse en una taberna, en la plaza. Entre los oficiales, Potel y Renard fueron los solos en intentar defender á su amigo.

« ¿Es que debemos mezclarnos nosotros en lo que pasa entre dos herederos? decía Renard.

— Max es débil con las mujeres, hacía observar el cínico Potel.

— Pronto habrá sables desenvainados, dijo un antiguo alférez que cultivaba un huerto en el Alto Baltán. Si el señor Max Gilet ha cometido la tontería de ir á vivir en casa del señor Rougét, sería un cobarde al dejarse echar como un criado sin pedir razones.

— Cierto, contestó secamente Mignonnet. Una tontería que fracasa, resulta un crimen.

— Max, que vino á reunirse con los viejos soldados de Napoleón, fué recibido por un silencio bastante significativo, Potel y Renard, cogieron á

su amigo cada uno por un brazo y se fueron á algunos pasos de distancia para hablar con él. En aquel momento se vió venir de lejos á Felipe, de gran gala; arrastraba su bastón con un aire imperturbable que contrastaba con la profunda atención que Max se esforzaba en prestar á las palabras de sus últimos amigos. Felipe recibió un apretón de manos de Mignonnet, de Carpentier y de algunos más. Esta acogida, tan distinta de la que se acababa de hacer á Max, acabó de disipar en el espíritu de éste algunas ideas de cobardía, de prudencia, si se quiere, que las instancias y sobre todo las ternuras de Flora habían hecho nacer, una vez frente á frente consigo mismo.

— Nos batiremos, dijo al capitán Renard, y á muerte. Así es que no me habléis más de nada, dejadme desempeñar mi papel.

Después de pronunciadas estas palabras con tono febril, los tres bonapartistas volvieron á mezclarse al grupo de los oficiales. Max saludó primero á Felipe Bridau, quien le devolvió su saludo cambiando con él una mirada fría.

— ¡Vamos, señores, á la mesa! dijo el comandante Potel.

— ¡Bebamos á la gloria imperecedera del emperador que ahora está en el paraíso de los valientes! exclamó Renard. »

Pareciéndoles probable que una vez comenzada la comida se apaciguarían los ánimos, cada cual comprendió la intención del capitán de cazadores. Todos se colaron de rondón en la sala baja de la fonda de Lacroix, cuyas ventanas daban al mercado. Cada cual tomó asiento, quedando, según deseo de Felipe, frente á frente los dos adversarios. Varios jóvenes de la ciudad, especialmente algunos ex-caballeros de la ociosidad, preocupados por lo que iba á ocurrir en aquel banquete, se estuvieron paseando, comentando la situación tan

crítica en que Felipe había sabido colocar á Max Gilet. Deploraban aquel encuentro, aunque consideraban como indispensable aquel duelo. No hubo novedad hasta los postres, aunque conservaban los dos enemigos cierta atención bastante parecida á la inquietud. Mientras surgía el motivo de riña que sin duda estaban meditando, Felipe aparentó admirable sangre fría, y Max una ruidosa alegría; pero de sobra se veía que todo aquello era fingido.

Una vez servido el postre, Felipe dijo :

« Llenad vuestros vasos, amigos míos. Pido decir el primer brindis.

— Ha dicho *amigos míos*: no llenes tu copa, dijo Renard al oído de Max. »

Max se echó vino.

« ¡Al ejército imperial! exclamó Felipe con verdadero entusiasmo.

— ¡Al ejército imperial! contestaron todos. »

En aquel momento aparecieron en la entrada de la sala once simples soldados, entre los cuales se hallaban Benjamín y Kuski, quienes repitieron :
« ¡Al ejército imperial! »

« Entren, hijos míos, vamos á beber á *su* salud, dijo el comandante Potel. »

Entraron los soldados y se colocaron en pie detrás de los oficiales.

« ¡Ya ves que no ha muerto! dijo Kuski á un antiguo sargento que sin duda había deplorado la agonía del emperador, por fin terminada.

— Pido el segundo brindis, dijo el comandante Mignonnet. »

Hacían todos como que les interesaban los postres, para disimular. Mignonnet se levantó.

« ¡Á los que han intentado restablecer á *su* hijo! » exclamó.

Todos, menos Max, saludaron á Felipe tendiéndole sus copas.

« Ahora yo, dijo Max levantándose.

— ¡Es Max, es Max! decían fuera.

Profundo silencio reinó en la sala y en la plaza, pues el carácter de Max hizo creer en una provocación.

— ¡Ojalá nos encontremos *todos* aquí, el año próximo, en semejante día! »

Y saludó irónicamente á Felipe.

« Esto se agria, dijo Kuski á su vecino.

— No le permitía á usted la policía de París asistir á banquetes como éste, dijo Potel á Felipe.

— ¡Vaya una ocurrencia, hombre, hablarle de policía al coronel Bridau! dijo con insolencia Max.

— No tenía quizá tanto veneno la frase del comandante Potel, hizo observar Felipe con amarga sonrisa. »

Tal era el silencio, que se hubiera oído el vuelo de una mosca.

« La policía me teme lo bastante, replicó Felipe, para haberme enviado á Issoudun, en donde he hallado hombres de mi temple; pero confesemos que no abundan las diversiones. Sobre todo, escasean las mujeres. Paciencia, ahorraré para cuando de nuevo me halle en compañía de las especialistas del género, pues no soy de aquellos á quienes producen rentas las mullidas camas, y de sobra sé lo que me ha costado Mariquita, de la Ópera. »

— ¿Es por mí por quien dice usted eso, mi querido coronel? preguntó Max dirigiendo á Felipe una mirada preñada de tormenta.

— « Tómelo como guste, comandante Gilet, contestó Felipe.

— Coronel, mis dos amigos aquí presentes, Renard y Potel, irán mañana á entenderse con....

— Con Mignonnet y Carpentier, contestó Felipe cortándole la palabra á Max y designando á sus dos amigos.

— Y ahora, dijo Max, continuemos los brindis. »

Ninguno de ambos adversarios se había salido del tono ordinario de la conversación: lo único solemne fué el silencio en que fueron escuchados.

— « Y no olvidéis, vosotros, dijo Felipe dirigiéndose á los soldados, que nuestros asuntos nada tienen que ver con los burgueses... Ni una palabra sobre lo que aquí acaba de ocurrir: sólo ha de quedar esto entre la guardia imperial.

— Cumplirán la consigna, coronel, dijo Renard, respondo de ellos.

— ¡Viva su pequeño! ¡Ojala pueda reinar en Francia! exclamó Potel.

— ¡Muera el inglés! exclamó Carpentier.

Este brindis obtuvo prodigioso éxito.

— ¡Que quede cubierto de oprobio Hudson Lowe! dijo el capitán Renard. »

Los postres terminaron sin incidentes; se bebió bastante. Tuvieron empeño los dos antagonistas y sus cuatro padrinos en que aquel duelo, en el que se ventilaba una cuantiosa fortuna y que comprometía á dos hombres tan valientes, se distinguiera por completo de las disputas vulgares. Max y Felipe se portaron como dos caballeros, lo cual burló las esperanzas de los jóvenes y de los burgueses agrupados en la plaza.

Todos los circunstantes, cual verdaderos militares, guardaron el más profundo secreto acerca de lo ocurrido. Á las diez, cada uno de los dos adversarios supo que el arma escogida era el sable. El lugar escogido para la cita fué la cabecera de la iglesia de los capuchinos, á las ocho de la mañana. Goddet, que como médico mayor que había sido en el ejército imperial, asistió al banquete, fué solicitado para que acudiera al duelo. Suciedera lo que sucediera, decidieron los padri-

nos que no había de durar más de diez minutos el combate.

A las once de la noche, con gran sorpresa del coronel, el señor Hochón acompañó á su mujer al cuarto de Felipe, en momento en que iba este á acostarse.

— « Sabemos lo que ocurre, dijo la anciana, llorosa, y vengo á suplicarle que no salga mañana sin elevar su alma á Dios.

— Si, señora, contestó Felipe, al que Hochón, detrás de su mujer, hizo una seña.

— Otra cosa tengo que decirle, añadió la madrina de Ágata : me pongo en el lugar de su pobre madre de usted, y me he desprendido del objeto más precioso que tengo. Tome... »

Y tendió á Felipe un diente fijado en un trozo de terciopelo negro bordado de oro, al que había ella cosido dos cintas verdes. Ya que lo hubo visto Felipe, volvió la señora el objeto al saquito de donde lo había sacado.

— « Es una reliquia de Santa Solange, la patrona del Berri; pude salvarla cuando la Revolución, póngasela sobre el pecho mañana por la mañana.

— ¿ Preserva eso de los sablazos ?

— Si, contestó la Anciana.

— Así como no me pondría una coraza, no me pongo eso.

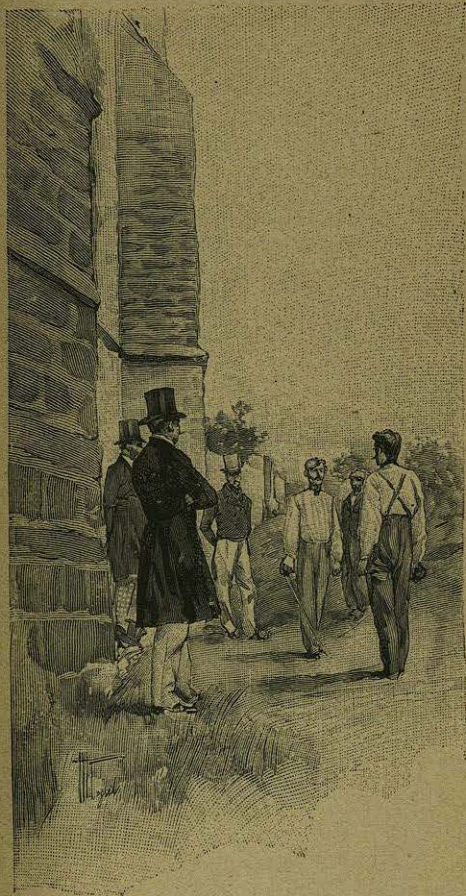
— ¿ Por qué ?

— Porque no lo consienten las leyes del duelo.

— Bueno, pues no hablemos más. Rezaré por usted.

— Una oración de usted y un buen pinchazo mio no pueden hacerme sino provecho, dijo el coronel haciendo el gesto de agujerearle el corazón al señor Hochón.

Quiso la anciana besar á Felipe en la frente; y, al bajar, dió treinta francos, cuanto poseía, á Benjamín, para conseguir de él que cosiese la reliquia



en el bolsillo del pantalón de su amo. Cumplió el encargo Benjamín, no que creyese en la virtud del tal diente, sino porque en conciencia tenía que hacer lo que tan ampliamente había pagado la anciana. Y se retiró la señora de Hochón esperanzadísima en santa Solange.

A las ocho de la mañana del día siguiente, el 3 de diciembre, con un tiempo gris, Max, acompañado de sus dos padrinos y del polaco, llegó al pradito que entonces cercaba la cabecera de la antigua iglesia de los Capuchinos. Allí encontraron á Felipe y á los suyos, más Benjamín. Potel y Mignonnet midieron veinticuatro pies. En cada extremo de aquella distancia, los dos soldados trazaron dos líneas con ayuda de un azadón. No podían, sin pasar por cobardes, retroceder los adversarios más allá de sus líneas respectivas; debía cada uno permanecer sobre la línea y adelantarse á voluntad cuando dieran los padrinos la señal de comenzar el combate.

¿Nos quitamos la ropa? dijo friamente Felipe á Max.

— No hay inconveniente, contestó Gilet con tranquilidad de espadachín.

Sólo el pantalón y la camisa conservaron los adversarios; se entreveía su carne á través del tejido de su camisa.

Armado cada uno de un sable de ordenanza de peso idéntico, unas tres libras, y del mismo largo, unos tres pies, se plantó, con la punta en tierra, esperando la señal. Tan serenos estaban que, á pesar del frío, ninguno de sus músculos se estremecía; parecían estatuas. Unánime fué el parecer de los espectadores:

— ¡Vaya un par de valientes!

En el momento en que el « ¡Cuando gusten, Señores! » fué pronunciado, vió Max la cabeza siniestra de Fario que los miraba por el agujero

mismo que los caballeros de la Ociosidad habían abierto en el tejado de la iglesia para meter los palomos en su almacén de granos. Aquellos dos ojos, de donde brotaban como dos duchas de fuego, de odio y de venganza, deslumbraron á Max. Se fué el coronel derecho á su contrario, poniéndose en guardia de manera á tomar la ventaja. Los peritos en el arte de matar saben que, entre dos adversarios, puede uno, el más diestro, tomar ventaja sobre el otro. Esto es lo que ocurrió en el caso presente; comprendió Max que resultaría inferior, y tal fué su desartalo, que ni supo poner en juego sus condiciones naturales y su valor.

« Es un maestro, se dijo Max, estoy perdido ».

Así y todo rompió con un molinete muy hábil; su objeto era dar con el sable de Felipe y desarmarlo; pero notó, al primer choque, que tenía el coronel un puño de hierro, y muy flexible. Tuvo Max que buscar otra cosa, y quería pensarlo, el desdichado, en tanto que Felipe le lanzaba miradas de acero y paraba á todos sus ataques con una serenidad de profesor que da una lección, seguro de que nada puede ocurrirle.

Entre dos hombres tan diestros como los dos combatientes que nos ocupan, ocurre el fenómeno de que depende la victoria de un error en ese cálculo, rápido como el relámpago, que hay que hacer instintivamente.

Durante un tiempo que tan corto es para los espectadores como largo resulta para los adversarios, consiste la lucha en una observación en que se absorben las fuerzas del alma y del cuerpo, oculta bajo fintas cuya lentitud y cuya aparente prudencia parecen inclinar á creer que ninguno de los contrarios quiere batirse. Dicho momento, seguido de una lucha rápida y decisiva, es terrible para los entendidos. Un mal quite de Max le hizo quedar desarmado.

— Recoja usted su sable, dijo Felipe suspendiendo el combate; no acostumbro á matar á la gente desarmada.

Aquello fué lo sublime de lo atroz. Tal superioridad anunciaba aquella grandeza, que fué tomada, por los espectadores, por el más hábil de los cálculos. En efecto, cuando de nuevo se puso Max en guardia, había perdido su sangre fría, hallándose, cada vez más, en condiciones de inferioridad. Quiso entonces reparar su derrota por medio de una valentía, sin cuidarse ya de la defensa de su persona; cogiendo su sable con las dos manos, se lanzó iracundo al coronel para herirle de muerte al mismo tiempo que abandonaba él su propia vida. Si recibió Felipe un sablazo fría, le cortó la frente y parte de la cara, hendió él oblicuamente la cabeza de Max con un terrible revés de molinete que opuso para amortiguar el mazazo que le destinaba Max. Aquellos dos tremendos golpes pusieron fin al combate en el noveno minuto. Bajó Fario y fué á saciarse de la vista de su enemigo en las convulsiones de la muerte, pues en un hombre de la fuerza de Max los músculos del cuerpo se agitaron espantosamente. Llevaron á Felipe á casa de su tío.

Así pereció uno de esos hombres destinados á hacer grandes cosas, de haberse quedado en el medio que le era propicio; un hombre tratado por la naturaleza como niño mimado, pues le dió el valor, la sangre fría y un gran sentido político. Pero no le había comunicado la educación esa nobleza de ideas y de conducta sin la cual nada es posible en una carrera. No fué llorado, á consecuencia de la perfidia con que su adversario, que valía menos que él, había sabido deshonrarlo á los ojos de la gente. Su fin puso un término á las hazañas de la orden de la Ociosidad, con gran contento de la ciudad de Issoudun. Por estas

razones no fué molestado Felipe á consecuencia de tal duelo, el cual pareció, además, un efecto de la venganza divina, y cuyas circunstancias fueron relatadas en toda la región con unánimes elogios concedidos á ambos adversarios.

— Debieron de matarse ambos, dijo el señor Mouillerón; hubiera sido un estorbo menos para el gobierno.

Muy embarazosa fuera la situación de Flora sin la crisis aguda en que la precipitó la muerte de Max; tuvo un ataque cerebral combinado con una inflamación peligrosa ocasionada por las peripecias de aquellos tres últimos días; si hubiese gozado de salud, quizá huyera de aquella casa en donde yacía por encima de ella, en el cuarto y en la cama de Max, al matador de Max. Entre la vida y la muerte estuvo durante tres meses, asistida por el señor Goddet, que también asistía á Felipe.

Tan pronto como pudo Felipe escribir, redactó las siguientes cartas:

« Al señor Desroches, procurador.

« Ya he matado al más venenoso de los dos bichos, pero no ha sido sin salir yo con la cabeza medio partida; por fortuna, no supo el otro acertar. Queda otra vibora con la que voy á tratar de entenderme, pues la quiere mi tío tanto cómo su propia garganta. Temía yo que la tal Enturbadora, que es muy hermosa, se largara de aquí, pues mi tío la habría seguido; pero el susto producido por el grave acontecimiento la ha clavado en cama.

« Si quisiera Dios protegerme llamaría á sí á esa alma mientras se arrepiente de sus errores. Mientras tanto tengo á mi favor, merced al Señor Hochón (ese viejo se conduce bien), al médico, un tal Goddet, buena persona, que opina que las heren-

cias de los tíos están mejores en manos de los sobrinos que en las de esas bribonas. El señor Hochón tiene, además, influencia sobre un tal señor Fichet, cuya hija es rica, y á la que querría Goddet ver casada con su hijo; de suerte que el billete de mil francos que le han prometido por la curación de mi cabeza, entra por poco en sus atenciones para conmigo. Ese Goddet, antiguo médico mayor del tercer regimiento de infantería, ha sido, además, aleccionado por dos bravos oficiales, Mignonnet y Carpentier, de suerte que hace el bendito con su enferma.

« Después de todo, hay un Dios, hija mía, le dice al tomarle el pulso. Ha ocasionado usted una gran desgracia, y es menester repararla.

Se ve en esto el dedo de Dios (es inconcebible lo que se le hace hacer al dedo de Dios). La religión es la religión; sométase, resignese; por de pronto, eso la calmará á usted, y luego, tanto ó más que mis drogas la ha de curar. Sobre todo, quedese aquí, cuidando de su amo. En una palabra, olvide y perdone: tal es la ley cristiana ».

« El tal Goddet me ha prometido tener á la Enturbadora tres meses en cama. Insensiblemente, acaso se acostumbre esa mujere á que ella y yo vivamos bajo el mismo techo. He ganado la cocinera á mi causa; le ha dicho á su ama que Max la hubiera hecho desgraciada; pretende haber oído decir al difunto que si hubiese tenido, al fallecer Rouget, que casarse con Flora, de ninguna manera habría atajado su ambición para atender al capricho de una mujer. Con lo cual ha conseguido, la cocinera, hacerle creer á Flora que Max la habría abandonado. De modo que, todo va bien; mi tío, aconsejado por papá Hochón, ha hecho pedazos su testamento ».

« Al señor Giroudeau
(á cargo de la señorita Florentina) calle de Vendome.

« Antiguo compañero : Infórmate de si la mona Cesarina está ocupada, y trata de que esté lista para venir á Issoudun en cuanto yo te lo diga. Habría de venir en seguida. Tendrá que aparentar decencia y borrar de sí cuanto huele á bambalinas, dándose aquí por hija de un honrado militar, muerto en el campo del honor. De modo que, modales de ingenua, traje de colegiala, y virtud de primera calidad : tal será la orden. Si necesito de Cesarina, y si desempeña bien su papel, cincuenta mil francos serán para ella á la muerte de mi tío; si está ocupada, explicale el asunto á Florentina; y entre los dos, encontradme alguna figuranta capaz de desempeñar el indicado papel.

« He tenido el cráneo partido por mi saqueador de herencia, el cual pasó á mejor vida. Ya te contaré el golpe. ¡ De nuevo lucirán días alegres, amigo mío!

« Adiós, querido pillo; enciende tu puro con mi carta. Queda entendido que la hija del oficial vendrá de Châteauroux y que parecerá pedir un socorro. Espero, sin embargo, no tener que acudir á ese medio peligroso. Saluda por mi á Mariquita y demás amigos. »

Sabedora Ágata del suceso por una carta de Hochón, se apresuró á acudir á Issoudun, donde fué recibida por su hermano, que le dió el antiguo cuarto de Felipe. Aquella pobre madre, en quien renacía toda su maternidad para con su hijo maldito, pasó algunos días felices oyendo á la burguesía de la ciudad hacer elogios del coronel.

— Después de todo, hijita, le dijo la señora el día de su llegada, en algo tienen que divertirse los jóvenes. No podían los militares del tiempo del emperador vivir como viven los hijos de familia

vigiladas por sus padres. ¡ Ah si supiera usted todo lo que el miserable Max se permitía aquí, por las noches!... Issoudun, merced á su hijo de usted, respira y duerme en paz. Algo tarde ha sentado la cabeza Felipe, pero por fin la ha sentado; como él dice : tres meses de cárcel meten plomo en la sesera; en fin, su conducta aquí encanta al señor Hochón, y goza de la consideración general.

Si puede su hijo quedar algún tiempo lejos de París, acabará por darle á usted muchos consuelos. »

Al oír estas palabras, los ojos de Ágata se llenaron de lágrimas de felicidad.

Hizo Felipe el bendito con su madre; necesitaba de ella. Aquel astuto no quería acudir á Cesarina sino en caso de ser objeto de horror para Flora. Al reconocer en ésta un admirable instrumento adiestrado por Max, y una costumbre tomada por su tío, quería utilizarla más bien que á una parisiense, capaz de embobar al viejo hasta el punto de que se casara con ella. Quería Felipe ocupar el puesto de Gilet, pero también le repugnaba estropear la reputación que había conquistado en aquella comarca; ahora bien, ser para la Enturbiadora lo que era Max, tan odioso fuera en ella como en él. Podía, sin deshonzarse, vivir en casa de su tío y á costa suya; pero no podía tener relaciones íntimas con Flora sino rehabilitada. En medio de tantas dificultades, estimulado por la esperanza de apoderarse de la herencia, concibió el admirable plan de convertir en tia suya á la Enturbiadora. Así es que, con tal motivo, pidió á su madre que fuese á ver á Flora y que le demostrase algún cariño tratándola como á cuñada.

— Confieso, querida madre, dijo con aire hipócrita y mirando á los Hochón, que venían á hacerle compañía á la querida Ágata, que es poco conve-